

a la cima, buscamos la nave de la derecha, nos apiñamos en uno de los ángulos, besamos aquella tierra apasionadamente, rezamos, lloramos. Aquí despojaron a Jesús de sus vestiduras; en este agujero, abierto en la entraña de la roca, clavaron el leño de la cruz, aquí estaba la Virgen bendita, cuando oyó la palabra esperada y temida: «Mujer, he aquí a tu hijo»; a este otro lado colocaron el cuerpo yerto después de bajarle de la cruz. Yo me esforzaba por interpretar cada uno de aquellos momentos; yo no sé lo que dije, ni creo que nadie lo supiese y, sin embargo, nos estrechimos todos sintiendo algo de lo que debieron sentir en aquel mismo lugar en la tarde del Primer Viernes Santa María Magdalena y el discípulo amado, y así también la Virgen María. Todos los rostros estaban conmovidos, todos los ojos llorosos, todos los corazones embargados de dolor, de amor, de pena, de gratitud, de arrepentimiento. Oí a nuestro ministro, el bueno y noble don Gonzalo, que con toda su humanidad estremecida y con voz sollozante exclamaba cerca de mí:

—¡Sublime!

Lo sublime no era mi plática, era aquella adecuación perfecta del lugar y las almas, aquella atmósfera celeste que nos envolvía, aquellos raudales de gracia que nos arrebatan hacia una región más pura y más bella, aquella influencia misteriosa cuyo ímpetu torrencial nos arrebatava hacia la altura, purificándonos de egoísmo y frivolidades. Descendimos en silencio, con la mirada interior clavada en el fluir movedizo de nuestra vida y de nosotros podía repetirse entonces lo que se dijo de los que presenciaron la Pasión cruenta de Jesús: «Volvían golpeando sus pechos...»

En el programa de nuestro viaje habíamos

fijado pasar la Nochebuena en Belén. Pensábamos en Belén con gozo indecible y queríamos encontrarnos cuanto antes frente a la gruta para poner en nuestras almas un colofón de dulzura y alegría después de las horas graves y solemnes pasadas en la Ciudad Santa. Presentíamos que si el aspecto de Jerusalén y sus recuerdos habían despertado en nosotros una emoción que nos hizo llorar de arrepentimiento y de dolor, habían de ser diferentes los sentimientos que asaltan al peregrino en presencia de la ciudad que desde nuestra infancia nos imaginábamos cubierto de verdura, coronada de palacios, alegrada de repicar de esquilas, de tañidos de campanas y de ruido de rebaños y zampoñas. Ella no tenía que llorar sobre la muerte de un Dios, sino más bien inclinarse sobre su cuna para recoger de sus labios la celeste sonrisa que dejaría para siempre prendida en ella una dulce y serena placidez.

Así pensaba yo aquel día 24, mientras las Madres Blancas nos servían una comida condimentada por la más exquisita caridad. En realidad, la comida era lo de menos. Todo nuestro ser estaba como penetrado y embargado por la sublime evocación religiosa e histórica de las últimas horas y por la acuciante esperanza de una evocación más luminosa. Las chicas se agitaban buscando los dijes y las prendas de su traje regional, iban y venían pidiendo órdenes y recibiendo consignas, se detenían delante de los vendedores de cruces y rosarios, que habían instalado sus puestos a la puerta del convento y, al fin, se decidían a subir a los autobuses en que habían de hacer el viaje. En la cercanía se veían grupos de curiosos, hombres y mujeres en cuyas miradas y en cuyas conversaciones podía adivinarse la simpatía con que miraban a los peregrinos de España.»